



> Le lycée Chateaubriand

Francisco Asensi : El humanismo en tiempos de Carlos V

Conférence prononcée au lycée Chateaubriand de Rennes le mercredi 19 novembre 2008.

Mise en ligne le 12 janvier 2009.

© : Francisco Asensi.

Francisco Asensi a suivi des études de Lettres, Philosophie et Théologie et il est diplômé d'Histoire de l'université de Valence (Espagne). Romancier, il est l'auteur de "La sibila de Delfos (Asesinato en el cónclave)". "Sombras sobre el Vaticano". "El diablo tiene nombre". "El misterio de Sant'Angelo". "La sangre del Santo". Certains de ces romans ont été traduits en allemand, en polonais et en roumain. Les œuvres citées reposent toutes sur une solide documentation historique, résultats de recherches universitaires.

Résumé

L'« Erasmisme » est l'humanisme chrétien qui traverse tout le règne de Charles Quint (1516-1556). Erasme sut apprécier les valeurs issues du paganisme et il les ajouta à celles qu'apportait le christianisme. Ceci explique que son humanisme soit intrinsèquement uni au thème d'une profonde réforme de l'Eglise et du retour à l'Evangile originelle. Le Christ et Socrate ne sont pas incompatibles. L'homme nouveau doit être libre, se libérer de tous les jougs, surtout celui de la religion, le pire des esclavages, et décider par lui-même. La raison est au dessus des croyances et des dogmes. Et surtout, la paix. Sans elle le développement de cette nouvelle anthropologie est impossible. S'il existe une seule vérité absolue (pour lui, toutes sont relatives), ce serait la paix. Trois slogans résument les grandes lignes de cet humanisme.

- *Concedo nulli* (je ne cède devant personne): revendique l'intégrité morale et la liberté et l'indépendance de l'homme.
- *Monachus non est pietas* (être moine n'implique pas forcément une piété authentique): retour à la spiritualité intérieure, en conscience, loin des dogmes, rites et cérémonies.
- *Pax et unanimitas* (paix et concorde): au-delà de toute frontière et division, regrouper les efforts pour maintenir la paix.

Francisco Asensi cursó estudios de Humanidades, Filosofía y Teología y es licenciado en Historia por la Universidad de Valencia. Novelista. "La sibila de Delfos (Asesinato en el cónclave)". "Sombras sobre el Vaticano". "El diablo tiene nombre". "El misterio de Sant'Angelo". "La sangre del Santo". Algunas traducidas al alemán, polaco y rumano. Todas ellas con una sólida ambientación histórica, fruto de la investigación.

Resumen:

El "erasmismo" es el humanismo cristiano que llena todo el reinado de Carlos V (1516-1556). Erasmo supo apreciar los valores procedentes del paganismo y los añadió a los que aportaba el cristianismo. De ahí que su humanismo vaya intrínsecamente unido al tema de una profunda reforma de la Iglesia y de la vuelta al Evangelio primigenio. Cristo y Sócrates no son incompatibles. El hombre nuevo debe ser libre, desprenderse de todos los yugos, sobre todo de la religión, la peor de las esclavitudes, y decidir por sí mismo. La razón por encima de las creencias y los dogmas. Y, sobre todo, la paz. Sin ella es imposible el desarrollo de esa nueva antropología. Si hay una verdad absoluta (para él todas son relativas), esa sería la paz. Tres eslóganes resumen las líneas maestras de ese humanismo

- *Concedo nulli* (no cedo ante nadie): reivindica la integridad moral y la libertad e independencia del hombre.
- *Monachus non est pietas* (ser monje no supone una piedad auténtica): vuelta a la espiritualidad interior, en conciencia, lejos de los dogmas, ritos y ceremonias.
- *Pax et unanimitas* (paz y concordia): por encima de toda frontera y división, aunar esfuerzos y mantener la paz.

El humanismo en tiempos de Carlos V

Hablar del Humanismo en tiempos del Emperador (1500-1558) es hablar de Erasmo de Rotterdam (1469-1536), el príncipe por antonomasia de los humanistas. El primer cosmopolita y europeo consciente. Considerado por algunos como el hereje pagano y enemigo de la religión establecida.

Clérigo regular de san Agustín a los 19 años, fue ordenado de sacerdote a los 23. Pero, incómodo en la vida religiosa (que veía llena de barbarie e ignorancia), decidió dejar el monasterio y dedicarse de lleno a las letras clásicas. El papa León X (1513-1521) le dispensó de sus obligaciones sacerdotales y de tener que vestir hábito. A partir de ese momento, vemos a Erasmo ataviado siempre de negro, como erudito laico. Por su fama de latinista, consiguió el cargo de secretario del obispo de Cambray (1493). Cursó estudios en París (1495). En tres ocasiones visitó Inglaterra donde conoció a Tomás Moro, con quien trabó gran amistad. Viajero incansable, visitó también Padua, Siena, Roma (1509) y diversas ciudades de Alemania (1514). En 1516, a sus 47 años, fue nombrado consejero del emperador. En la encrucijada entre la Reforma protestante y la obsoleta ortodoxia de una Iglesia católica corrompida, Erasmo adoptó una actitud no beligerante, de exquisita neutralidad, alentando a las partes al entendimiento y la concordia. Bien es verdad que Erasmo, en su afán de mantenerse al margen de cualquier partidismo, cometió un grave error al rehusar asistir a la Dieta de Worms (1521), convocada por el emperador para zanjar las disputas entre los protestantes alemanes y Roma. Su sabiduría y fuerza moral hubiese podido hacer entrar en razón a Lutero, con quien tantas cosas tenía en común. Así lo reconoció, con pesar:

Si yo hubiera estado allí presente, habría hecho todo lo posible para que esta tragedia terminara con un comportamiento lleno de moderación.

En aquella hora histórica, Erasmo no puso en juego su prestigio moral a favor de sus propias convicciones. En aquel mismo momento, la causa erasmista comenzaría a declinar. Erasmo, hombre que odia cualquier extremo, en ninguna parte es aceptado porque no quiere inscribirse en ningún partido. Esta actitud cautelosa le granjeó la enemistad y el repudio de ambos bandos. Los católicos lo tuvieron por hereje y padre del protestantismo.

Ubi Erasmus innuit, illic Luterus irruit (Donde Erasmo hizo un guiño, allí se precipitó Lutero con toda impetuosidad). O dicho con menos elegancia: Erasmo puso los huevos y Lutero los empolló.

Los luteranos, por su parte, lo consideraron un traidor a la causa de la reforma, vendido a Roma. El Concilio de Trento (1545-1563) y la contrarreforma que le siguió fue la negación de todo lo que Erasmo había soñado [Habría que esperar 500 años para que se celebrara el Vaticano II que

recoge parte de sus ideales; aunque Erasmo aún tenía una visión mucho más amplia. Con los dos últimos pontífices, la Iglesia ha retrocedido a antes de Trento, ¡que ya es retroceder!].

Sus contemporáneos no ahorraron epítetos laudatorios para calificarlo: Doctor universalis, vir incomparabilis, doctorum phoenix (Doctor universal, varón incomparable, fénix de los doctores). Al mismísimo Melanchton, mano derecha de Lutero, no le duelen prendas y dice de él que es hombre de suma sabiduría, optimum et maximum, lo mejor y más sublime que pueda pensarse. Y a Francisco Sánchez, el Brocense (1523-1600), catedrático de Retórica y Griego en el Colegio Trilingüe de Salamanca, gran erasmista, que sufrió tres procesos inquisitoriales, se le atribuye la célebre frase: "Quien dice mal de Erasmo o es fraile o es un asno".

Ninguna autoridad moral puede compararse con la suya. Jamás un hombre particular poseyó en Europa un poder universal merced sólo a su persona y su valía. Para su tiempo, llegó a ser el símbolo de los anhelos espirituales colectivos. Por primera vez, el poder ético y espiritual tuvo la precedencia sobre el poder político (por poco tiempo, desgraciadamente). Él y su obra tuvieron gran trascendencia en toda Europa. Sus escritos eran leídos atentamente, sopesados y discutidos. A nadie dejaron indiferente. Carlos V, Enrique VIII y Francisco I pidieron sus consejos. Cinco universidades le ofrecieron cátedra. Tres reformadores: Lutero, Melanchton y Zuinglio lo cortejaron para obtener una palabra de aprobación. Tres papas: Adriano VI (1522-1523), Clemente VII (1523-1534) y Paulo III (1534-1549) le escribieron cartas respetuosas. Este último incluso le ofreció el capelo cardenalicio con rica prebenda, honor que Erasmo agradeció pero declinó con cortesía. Durante su vida había rechazado con desprecio todos los cargos de este mundo, a causa de su libertad, ¿cómo iba a aceptar semejante honor, precisamente en esa hora, retirado, enfermo y ya a las puertas de la muerte? Erasmo era un hombre prudente, íntegro e insobornable. Cualidades que, a su juicio, deberán tener los verdaderos humanistas, esos hombres espirituales que con su rectitud moral y su sabiduría han de cambiar el mundo. Aceptaba los honores, dejaba que le halagasen, cosa que le gustaba, pero nunca se vendió. Por encima de todo, prefirió su libertad y su independencia, indispensables para el mantenimiento de su autoridad moral. Siempre permaneció fiel a su lema *Concedo nulli* (No cedo ante nadie). O, como lo definió un contemporáneo: *Erasmus est homo pro se* (Erasmo es un hombre aparte). Él fue el humanista que encarnó, como nadie en su tiempo, el poder invisible del espíritu. En sus últimos años, Erasmo se volvió escéptico, tuvo la impresión de que su obra había sido baldía y esto le amargó en el lecho de su muerte. Los católicos no lo invitaban, los protestantes se mofaban de él. Nadie requería ya su opinión. Como él mismo se quejará en sus últimas cartas: Mis enemigos aumentan y mis amigos desaparecen. En esos momentos de extrema soledad (soledad que ha de pagar el humanista íntegro e independiente), llega a su casa de Basilea, una carta de un humanista francés, joven admirador suyo: François Rabelais (1494-1553):

Salve itaque etiam atque etiam, pater amantissime, pater decusque patriae, literarum assertor, veritatis propugnator invictissime. Te saludo una y otra vez, padre amantísimo,

padre y orgullo de la patria, defensor de las letras, invencible luchador de la verdad...
Todo lo que soy y lo que valgo lo he recibido únicamente de ti, y, si yo no lo reconociera, sería el hombre más desgraciado de todos los tiempos.

Muchos años antes, el 28 de marzo de 1519, Lutero (que aún no era el hombre fanático y violento que luego fue) en una carta personal a Erasmo, había expresado sentimientos parecidos:

¿Quién hay cuyo pensamiento no esté lleno de Erasmo? ¿Quién no ha sido instruido por él y quién no está por él dominado?

* ¿Quién era Erasmo y cuál fue su obra para que tantos, como Rabelais o el mismo Lutero, lo aclamasen con tanta devoción? ¿Qué características tuvo el humanismo que alumbró? ¿En qué consistió su originalidad? He ahí unas cuestiones a considerar.

* Al humanismo renacentista que se gesta en Europa a lo largo de los siglos XV y XVI, Erasmo le imprime su impronta personal. Su *philosophia Christi* tiene como pilares fundamentales una gran confianza en el hombre y en la fuerza de la libertad. Sin pecar de exageración, podemos afirmar que con él el humanismo europeo se viste de Erasmo.

* El descubrimiento de la *humanitas* conlleva la exaltación de todos los valores humanos. Esto hace que los humanistas vuelvan a los antepasados griegos y latinos. Las letras, (*litterae*, a las que se refería Rabelais en su carta a Erasmo) encarnan el saber antiguo en todos los campos. Su conocimiento y cultivo son considerados como condición indispensable para entender el hombre y el mundo y pueden servir de modelo y ejemplo al hombre moderno. Protágoras (siglo IV a. Xto.; a quien Platón dedica uno de sus diálogos) en su obra desaparecida *Los discursos demoleadores*, hablaba del *Homo omnium rerum mensura est* (el hombre es la medida de todas las cosas). Según eso, el hombre, sea cual sea la traducción y sentido que se le de a ese aforismo, tiene entidad propia, constituye el referente y centro alrededor del cual deben girar todas las cosas. A esos descubrimientos paganos (pagano no en el sentido peyorativo que le da la Iglesia), el humanismo cristiano aporta los valores e ideales que aparecen en el Evangelio. De ahí también la importancia de volver a los orígenes del cristianismo primitivo y de desembarazarse de todas las excrescencias que se le han añadido a través de los siglos. Erasmo, desde lo cristiano, apropiándose de las valiosas aportaciones paganas, intentará replantear y reconstruir la humanidad.

* La visión personal que Erasmo tiene del hombre y del mundo es una visión cristiana, pero completamente nueva y moderna. Mira al hombre y al mundo con ojos limpios, sin las legañas de siglos que ha enturbiado la mirada de la Iglesia [esas legañas hoy son cataratas con glaucoma cuyo diagnóstico es poco esperanzador; puede que acaben en ceguera total]. Su humanismo será, pues, un humanismo cristiano nuevo. En esto, como en tantas otras muchísimas cosas, Erasmo se adelantó a su tiempo. Vio más allá de la corta y ramplona vista de los jerarcas eclesiásticos y de los teólogos de su tiempo. El *aggiornamento* de la Iglesia y del cristianismo que en el siglo pasado intentó el papa bueno, Juan XXIII, con su concilio (y que Juan Pablo II y Benedicto XVI con

estudiada astucia han hecho fracasar) ya lo intentó Erasmo. He ahí la actualidad de su humanismo. El nuevo cristianismo que defiende Erasmo en el *Enquiridion militis christiani* (1503) y el *Novum Instrumentum* (edición bilingüe del Nuevo Testamento, que consolidará su fama, se publicó en 1516) nada tiene que ver con la Teología Escolástica con la que se identificaba plenamente la Iglesia de su tiempo.

* En el escrito al eximio teólogo y humanista Martín Dorp, que se lamentaba de la inoportunidad de su *Stultitiae Laus*, publicado en 1509, (locura irónica y crítica), vuelve sobre el tema de los teólogos:

En su manera de perder el tiempo en discusiones vanas... hombres dados a luchas verbales... que no tienen tiempo de leer el Evangelio... Te podría presentar a quienes han pasado ya de los ochenta y que han perdido buena parte de su vida en naderías de este jaez, sin siquiera haber abierto los Evangelios... No hablemos de la falta de base de esta Teología: monstruosa, bárbara, artificial, totalmente insensible a las artes liberales y a las lenguas clásicas... Esta Teología está tan adulterada por Aristóteles y por insignificantes invenciones humanas que dudo si conoce algo del puro y genuino Cristo. ¿Qué tiene que ver Cristo con Aristóteles o los misterios de eterna sabiduría con la sutil sofistería? ¿Qué se busca con ese laberinto de temas, que en su mayoría son una pérdida de tiempo, sino la simple gresca y crear disensión?... Hay muchas y grandes cuestiones que es mejor ignorarlas que investigarlas, viendo como vemos que algunas cosas no podemos conocer y otras muchas en que la incertidumbre es mucho más provechosa que la misma certeza... Hoy no tienen límite las investigaciones inútiles, raíz de todas las discordias... En suma, hemos llegado a un punto en que la base de la doctrina expuesta no se fundamenta tanto en la doctrina de Cristo cuanto en las definiciones de los escolásticos y en el poder de los obispos. En consecuencia, todo está tan complicado que no hay siquiera esperanza de volver a traer al mundo al verdadero cristianismo...

Escepticismo amargo el que rezuma Erasmo. Sus textos pueden aplicarse, sin necesidad de cambiar una coma, a la situación de la Iglesia actual.

* Erasmo rompe con la *christianitas* [concepción hierocrática que Juan Pablo II añoraba y que hoy día desearían imponer movimientos católicos profundamente neoconservadores, rayanos algunos en el fundamentalismo]. Rompe con la *christianitas* y con la concepción del hombre y del mundo que tiene la Iglesia medieval, temerosa de las novedades que alumbraba la Nueva Era. La Iglesia jerárquica rechaza, por razón de supervivencia, todo lo nuevo; porque sabe que las novedades son una amenaza a sus anquilosados dogmas. Dios (y la institución que lo representa) dejará de ser el centro de todas las cosas, y ese lugar lo ocupará el hombre. Erasmo pasa del teocentrismo medieval al antropocentrismo que aparece claramente en los Evangelios. En la 1ª Epístola de San Juan, leemos:

“A Dios nadie le ha visto nunca... Si alguno dice “Amo a Dios” y aborrece a su hermano es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”.

Cuando Jesús habla del juicio final (Mt.25,40 ss), tribunal inapelable e infalible, que juzga a la luz de la única verdad absoluta, establece cuál es la balanza de medir:

Entonces dirá el Rey: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces dirán éstos, Señor, ¡cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos? Y el Rey les responderá: En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. E irán éstos a un castigo eterno.

Para Erasmo, el hombre es el referente incuestionable de su humanismo. Pare él no existe ninguna oposición irreductible entre Jesús y Sócrates, entre sabiduría pagana y doctrina evangélica. Admiró a los paganos y los colocó fraternalmente junto a los padres de la Iglesia.

Tertuliano (finales del s.II y primeros del s.III), cristiano de los primeros siglos, ya se había dedicado a conjugar (como hace Erasmo) la herencia clásica y el mensaje evangélico. Habló del *anima naturaliter christiana* o lo que es lo mismo: existe un alma cristiana común a todos los hombres. Luego si los paganos tienen un alma cristiana, también podemos afirmar con toda propiedad que los cristianos tienen un alma pagana. Sin detenernos en estas disquisiciones, digamos que Tertuliano no excluyó ningún saber ni ningún valor proveniente del mundo pagano. “Todo lo que es humano nos pertenece a los cristianos”. Inició, de alguna manera y tan tempranamente, el humanismo cristiano. Erasmo no levantó la mirada hacia el cielo cristiano con menor fe que hacia el Olimpo griego.

* La *pietas christiana* (la espiritualidad cristiana), que Erasmo no se cansará de difundir, es una espiritualidad personal e íntima, practicada en el templo de la propia conciencia. En su libro *Enchiridion militis christiani* (Manual del soldado cristiano), base de todo el movimiento erasmista, defiende una audaz reforma religiosa y hace una llamada urgente a que cada hombre interiorice el mensaje evangélico. Censuró todo lo que de muerto había en el catolicismo (y era mucho) y se colocó a la vanguardia de los innovadores. Invitaba a sus lectores a descubrir lo esencial del cristianismo por debajo de las apariencias, a vivir el mensaje evangélico en espíritu y rechazar, como hojarasca muerta, las observaciones exteriores, según la sentencia tan certera de san Pablo: la letra mata y el espíritu da vida. Erasmo privilegiaba la religiosidad interior sobre la exterior. La liturgia, toda la parafernalia de ritos, ceremonias, santos e indulgencias, la organización jerárquica de la Iglesia, incluso sus dogmas, pasaban a ser elementos secundarios, prescindibles, puesto que, siguiendo la enseñanza de Cristo :

“ha llegado la hora en que los adoradores verdaderos adorarán a Dios en espíritu y en verdad”.

Su dura crítica al clero regular y a la corrompida estructura eclesiástica (como mantenedores de las supersticiones que esclavizan al hombre), provocó un durísimo enfrentamiento entre los erasmistas y los frailes.

* Para Erasmo *la conditio sine qua non* de todo humanismo (y más, tratándose de un humanismo cristiano) es la no violencia. (En todas sus obras, una y otra vez, vuelve sobre el tema de la guerra y la paz. Es su obsesión).

En las *Bienaventuranzas*, Cristo estableció el código para sus discípulos: mansedumbre, justicia, misericordia y paz. No se trata de un código coercitivo que se impone y nos obliga desde fuera sino de un código genético, diríamos hoy, interiorizado, sustancia de nuestra propia alma, que impregna nuestro pensamiento y voluntad y todo nuestro ser. El apóstol Santiago, hermano del Señor, amonestará a los primeros cristianos:

La sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pacífica, moderada, dócil, llena de compasión y buenos frutos, sin parcialidad, sin hipocresía. Los que son pacíficos siembran en paz un fruto de justicia. ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No vienen precisamente de vuestras pasiones? ¿Codiciais y no poseéis?, matáis. ¿Envidiais y no podéis conseguir?, Combatís y hacéis la guerra.

Tertuliano, al que ya citamos antes, escribirá a este respecto en su Apologética:

El cristiano no puede odiar ni siquiera a sus propios enemigos.

La no violencia es regla de vida e implica una consecuencia moral ineludible. El hombre, enseñará el pacifista Erasmo, solo puede vivir y desarrollarse en la paz, que es un fin en sí mismo y que hay que conseguir a toda costa. Durante toda su vida, no se cansará de anatematizar la guerra. La guerra, dirá, siempre es el naufragio de todo bien. En esta cuestión disiente radicalmente de Santo Tomás de Aquino que en su *Summa Theologiae* defendió la “guerra justa”. También del español Francisco de Vitoria, de la escuela de Salamanca. En su *De iure belli*, aunque pone límites al uso de la fuerza para dirimir las disputas entre pueblos, admite la “licitud” de la guerra en ciertos casos (responder proporcionalmente a una injuria). En cambio, nunca sería “lícita” emprenderla por diferencias de religión o para aumentar el territorio. Para Erasmo, la guerra (ya se trate de guerras internacionales o simples sediciones) es antimoral y antievangélica. La guerra jamás puede ligarse a la idea de justicia. No hay guerras justas. Ninguna. En esto es taxativo. Condenará cualquier guerra, sea cual fuese. Conviene con Cicerón en que **una paz injusta es mejor que una guerra justa**. Los males de la guerra alcanza a los inocentes y los vencedores tampoco salen bien parados porque su dicha es el daño y la perdición de los otros. La guerra es tan cruel que es más propia de

fieras que de hombres; tan falta de sentido que los mismos poetas la imaginan como engendro de las Furias; tan letal que trae la infección de todas las costumbres; tan injusta que es sabiamente administrada por la peor calaña de bandidos; tan impía que nada tiene que ver con Cristo. De su crítica no se salva ningún rey ni príncipe, y arremete despiadadamente contra obispos y papas, quienes, a sabiendas de la maldad intrínseca de la guerra, lo dejan todo para dedicarse a ella.

* Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V, erasmista convencido y entregado a la causa de Erasmo, en su Diálogo de las cosas ocurridas en Roma (1527), abundará en esa misma línea:

A todos los animales dio la natura armas para que se pudiesen defender... a sólo el hombre, como una cosa venida del cielo, adonde hay suma concordia, dejó desarmado. No quiso que hiciese la guerra; quiso que entre los hombres hobiese tanta concordia como en el cielo entre los ángeles...

Y refiriéndose al papa Clemente VII que había hecho la guerra al emperador, añade:

¿Dónde halláis vos que mandó Jesucristo a los suyos que hiciesen guerra? Leed toda la doctrina evangélica, no hallaréis sino paz, concordia y unidad, amor y caridad. Cuando Jesucristo nació no tañeron alarma, mas cantaron los ángeles: "*Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis*". Paz nos dio cuando nació y paz cuando iba al martirio de la cruz. ¿Cuántas veces amonestó a los suyos esta paz y caridad?... Pues aún más quiso: que los que su doctrina siguiesen no se diferenciasesen de los otros en vestidos, ni aun en diferencias de manjares, ni aun en ayunos, ni en ninguna otra cosa exterior, sino en obras de caridad. Pues el que ésta no tiene, ¿cómo será cristiano? E si no es cristiano, ¿cómo será Vicario de Jesucristo?... El que es causa de la muerte de un hombre más despoja la Iglesia de Jesucristo que no el que quita al romano Pontífice su señorío temporal... [*recuérdese todo el affaire de Pío IX cuando los italianos le arrebataron los Estados Pontificios*]

* Muchos son los escritos que dedicó Erasmo contra la guerra:

- En 1504, *Ad illustrissimum Principem Philipum* (Felipe el Hermoso). Panegírico en el que describe la imagen de un príncipe ejemplar.

- En 1513, *Julius exclusus e coelis* (Julio excluido del cielo). Panfleto contra las campañas de Julio II (1503-1513), el papa de la capilla sixtina, condotiero belicoso y sin entrañas, maquinador, absolutista y maquiavélico.

- En 1514, *A Guillermo de Croy* (1458-1521), de origen flamenco, obispo de Cambray a los 20 años y poco después arzobispo de Toledo (jamás puso pie en su diócesis, pero sí cobró las fabulosas rentas que generaba aquella mitra), a cuyo servicio estuvo varios años.

- En 1515, en los *Adagia* (que había comenzado a escribir en 1500), cita una sentencia que atribuye a Flavius Vegetius, aunque lo más probable es que proceda de Píndaro, poeta griego del siglo VI a.Xto. *Dulce bellum inexpertis* (la guerra es dulce y agradable para quienes no la han

vivido). Esta sentencia resume a la perfección lo que él, pacifista integral y militante, piensa sobre la guerra. Es la antítesis de “*Si vis pacem, para bellum* « que está siempre en labios de los belicosos. Este adagio latino sí proviene de Vegetius (finales del s.IV d.Xto.). En su *Epitoma rei militaris* escribe: *Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum.*

Quien desee la paz que se prepare para la guerra. Quien quiere conseguir la victoria, que entrene sus soldados con diligencia. Quien aspire al éxito que luche con estrategia y no lo deje al azar. Nadie se atreve a provocar u ofender a quien ve como superior en el combate.

He ahí dos concepciones diametralmente opuestas. Los pragmáticos optarán, sin dudarlo, por la paz armada. Erasmo y los humanistas cristianos optarán simplemente por la paz. Son fieles seguidores de las enseñanzas de Jesús: Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra (Mt.5,38ss.). La guerra es el antievangelio. ¿Son ilusos, utópicos, estos humanistas? Quizá; pero tienen la fe que mueve montañas. Están plenamente convencidos que sólo la no violencia es capaz de cambiar el mundo.

[¿Qué diría Erasmo de las guerras de nuestros días que con tanta ligereza e irresponsabilidad se emprenden y de los motivos para justificarlas? ¿Podría comprender esa excusa hipócrita de los daños colaterales...?]

- En 1516 redactó para el joven Carlos (a la sazón tenía dieciséis años y gobernaba los Países Bajos), la *Institutio Principis Christiani* (Educación del príncipe cristiano). Ya se comprenderá, por lo que llevamos dicho, que el príncipe según el corazón de Erasmo dista mucho de *El Príncipe* de Maquiavelo. Para Erasmo, el arte de reinar es en definitiva el arte de mantener la justicia en el interior del reino y de conservar la paz con las demás naciones. Así de simple y así de imposible cuando hay intereses bastardos que se interponen... No cabe duda de que Erasmo, mentor de Carlos V, influiría en el muchacho, aunque sus consejos de huir de las guerras como del fuego nunca fueron tomados con excesivo celo. Este librito fue traducido más tarde para uso de Felipe II. Si éste lo leyó alguna vez poca mella debió de hacer en él. Leería con mayor fruición y provecho *El Príncipe* de Maquiavelo, quien colocaba la razón de Estado por encima de todo y elogiaba al político astuto y amoral...

- En 1517, escribe la *Querela pacis* No deja de ser una queja de la paz que ha sido una y otra vez rechazada y asesinada en todas las naciones de Europa. El libro tuvo un gran éxito y se tradujo inmediatamente al español, alemán y al francés. Allí expone Erasmo la verdadera política según el Evangelio o *la philosophia Christi*. El mundo entero es la patria común. Le parecen absurdas las discordias entre príncipes, que califica despectivamente de vanas pretensiones de principillos. Hay que acentuar lo que une más que lo que separa; lo europeo por encima de lo nacional, lo humano sobre lo político. Erasmo propone superar la *christianitas* medieval mediante una nueva comunidad

universal (sin diferencias de origen, raza, idioma o nación) a la que todos los hombres son libremente convocados.

Resumamos algunas claves del humanismo de Erasmo:

+El hombre es el centro y la medida de todas las cosas. Así lo reconoció el mismo Lutero: para él, las cosas humanas significan más que las divinas. Para Lutero, en cambio, lo religioso era lo más importante que había en la tierra.

+El humanismo aborrece toda violencia. Ningún derecho justifica la guerra. Aun cuando uno crea que le asiste todo el derecho del mundo, jamás debe resolver cuestión alguna por medio de la violencia. *Al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, dale también el manto* (Mt.5,40). En este punto, toda circunspección es poca. Sus reproches más acervos van contra la Iglesia que, con el acrecentamiento de su poder temporal, ha renunciado a la gran misión de mantener la paz cristiana universal.

+Toda intolerancia y partidismo son ajenos a su teoría de la concordia universal. Para Erasmo no existen naciones ni fronteras sino una patria común global. Todo ser humano, sin exclusión de ningún tipo, puede ser ciudadano de esa comunidad. En caso de conflagración, los humanistas no tienen que alentar con celo partidista las hostilidades. Por el contrario, deben colaborar juntos para poner fin al frenesí inhumano y bestialmente salvaje de la guerra.

+No hay verdades absolutas. La verdad siempre es ambigua y multicolor. No pondría yo mi cabeza por la verdad, declara Erasmo. Lutero se mofa de él porque no quiere afirmar nada con seguridad... por todas partes anda como sobre huevos, sin querer aplastar ninguno... considera la paz corporal, la comodidad y la tranquilidad como cosa más alta que la fe. Lutero, en cambio, tiene las ideas clarísimas y está dispuesto a defenderlas aunque el mundo entero se convierta en discordia y se hunda totalmente y sea sólo ruina.

+La verdad absoluta lleva al fanatismo. Sus partidarios quieren imponerla a la fuerza a todo el mundo, valiéndose de cualquier medio (inquisición, censura, anatema, hoguera). La dictadura de una idea, como única forma de fe y de existencia, rompe la unidad y provoca la desavenencia universal. Todo dogma es una declaración de guerra contra la libertad de espíritu. [Es curioso que los dogmáticos acusen a los tolerantes de imponer la dictadura del relativismo]. Quien quiera ser cristiano, dirá Erasmo, tiene que ser pacífico y tolerante. A quien quiere ser cristiano, le responderá el inflexible Lutero, no le es lícito ceder jamás, aunque todo el universo perezca por ello... A la invitación de Erasmo a la concordia y el acuerdo, le contestará desabrido: Déjate de quejas y gritos; contra esta fiebre no sirve ninguna medicina. Esta es la guerra de Nuestro Señor y no cesará hasta que hayan perecido todos los enemigos de su palabra. Para Erasmo, el antifanatismo había llegado a ser como una religión.

+Defensor insobornable de la libertad de pensamiento, Erasmo nunca quiso atarse a dogma alguno ni decidirse por ningún partido, por eso en parte alguna encontró un hogar que pudiera

llamar suyo. Espíritu libre e independiente, buscó, mediante la mutua comprensión, una síntesis armónica y suprema de todas las ideas.

+La razón por encima de la fe y de las supersticiones. En la bóveda del *Antiquarium* del *Residence Museum* de Munich, entre otras muchas máximas que allí aparecían pintadas, leí una que llamó mucho mi atención. Decía así: *Fides certior ratione* (La fe es más segura que la razón). Quien la mandó escribir debía de tener esa fuerte convicción. *Fides certior ratione* no está mal para esculpirla en el frontispicio de una Biblioteca de Teología. Sin embargo, Erasmo, a mi modo de ver, hubiese mandado esculpir en piedra la sentencia opuesta: *Ratio certior fide* (la razón es más cierta y segura que la fe).

* El 21 de septiembre de 1558, murió el emperador en el monasterio de Yuste. Justo a tiempo de cerrarle los ojos, llegó el recién consagrado arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, que venía de Flandes. Su Majestad le pidió unas palabras de consuelo, y éste, puesto de rodillas, comenzó a comentarle el salmo *In te Domine speravi*, diciéndole:

"Ponga su confianza en este Señor que murió en la cruz, y en su misericordia... No le turbe el demonio con la memoria de sus pecados..." y cosas así.

El arzobispo insistió tanto en la confianza en misericordia de Dios que a fray Juan Regla le sonó todo aquello a protestante. Le faltó tiempo para ir con estos y otros chismes a la Inquisición...

El 13 de octubre de 1558 (22 años después de que Erasmo hubiese muerto en Basilea), fray Bartolomé de Carranza, el último erasmista español, iba a tomar posesión del arzobispado de Toledo, sede episcopal la más rica y poderosa después de la del papa de Roma. En la plaza de Zocodover, entre la muchedumbre alborotada que le aclamaba, un grupo de entusiastas gritaba sin cesar.

- *Pax et unanimitas* (paz y concordia) -y cada vez levantaban más sus voces exaltadas. Eran los seguidores de Erasmo, de los pocos que ya iban quedando.

Pax et unanimitas era la consigna de los seguidores de Erasmo de los primeros tiempos. Hombres de buena voluntad y gran talento, humanistas cristianos de cuerpo entero. Por encima de cualquier frontera, aunaban pensamientos y esfuerzos y reclamaban una espiritualidad evangélica y una profunda reforma de la Iglesia. Incansables, luchaban con sus plumas por una política de paz y concordia entre todos los pueblos. Volvían sus ojos al Emperador, esperando de él el urgente remedio del Concilio al que tan remisos eran los papas. Tiempos de gran ilusión fueron aquéllos en que algunos esperaban una resplandeciente primavera para el viejo mundo, y aire fresco y nuevas ideas para la anquilosada Iglesia. Tiempos en que todo parecía ser posible...

Pax et unanimitas respondió muchas veces fray Bartolomé Carranza, musitando en voz baja. ¿Quebrada su voz por la emoción o por cautela? Por cautela, sin duda. En ese momento triunfal de su vida, cuando el cenit, apenas alcanzado, comenzaría inmediatamente a declinar de modo

vertiginoso, recordó la Conferencia de Valladolid (1527). Muy grande tuvo que ser el impacto que dejó en él ese acontecimiento para que, en el día de su gloria, treinta años después, le viniese a la memoria. La famosa reunión de teólogos (los más significativos y prestigiosos del momento) se celebró el año 1527 en Valladolid. La conferencia debía dictaminar sobre la ortodoxia de Erasmo y la repercusión de sus ideas en España. Fueron dieciséis sesiones de debates vivísimos, acalorados, apasionantes. Los presuntos errores de Erasmo los mandó recopilar el Inquisidor General, Alonso Manrique, hermano del famoso poeta Jorge Manrique. Este prelado no fue un dechado de virtudes. Se le conocen varias aventuras amorosas. Incluso uno de sus hijos ilegítimos, a finales del siglo XVI, llegó a ser inquisidor general como su padre. Si no fue casto, sí fue gran señor: liberal, culto, moderado y erasmista convencido. Nada que ver con la imagen de inquisidor intransigente y fanático que desde Torquemada tuvieron los de ese oficio. El cuaderno sobre Erasmo y sus doctrinas que mandó compilar constaba de diecisiete capítulos. Los teólogos de la escuela de Salamanca (dirigidos por Francisco de Vitoria) y los de la escuela de Valladolid (Pedro Margallo y Fernando de Préjano), unos y otros de tendencias ultra conservadoras, ejercieron la acusación. Los teólogos de Alcalá de Henares, tolerantes y abiertos a las novedades, la defensa. Bartolomé de Carranza, a la sazón de 24 años y estudiante aún en la universidad vallisoletana, siguió con apasionamiento la Conferencia. Al igual que tantos otros frailes jóvenes e inquietos de su convento, no se perdió ninguna de las sesiones. Cuando las cosas comenzaron a torcerse y el inquisidor Alonso Manrique vio que era previsible una condena contra el erasmismo, con la excusa de que se había declarado la peste en la ciudad o había peligro de ella, mandó suspender las sesiones sin permitir que se llegase a conclusión alguna. (Quiero advertir que fue en España donde el antierasmismo adquirió las formas más virulentas).

Los erasmistas de la plaza de Zocodover que vitoreaban al nuevo arzobispo eran un puñado no más. Su entusiasmo, empero, los multiplicaba por cientos. Fray Bartolomé estaba conmovido y le vinieron a los ojos lágrimas que a duras penas pudo contener. Con su mano enguantada se los secó con disimulo. *Pax et unanimitas* le gritaban desde lejos, cada vez con mayor frenesí. Desde su caballo, que el palafrenero había detenido a una orden suya, les saludaba y bendecía: *Pax et unanimitas*. Los circunstantes no alcanzaron a comprender aquellos gritos que sobresalían de los muchos que se daban. Los familiares del Santo Oficio, lo más probable camuflados entre la multitud, ya les habrían echado el ojo. En aquellos momentos de profunda emoción, Bartolomé de Carranza recordó los teólogos y eclesiásticos entusiastas que defendieron a Erasmo en la Conferencia de Valladolid. Sus nombres no se le habían olvidado. Tampoco los de aquellos críticos, la mayoría franciscanos y dominicos, cuyas invectivas contra Erasmo estaban llenas de rencor y odio. Los frailes mendicantes jamás perdonaron al humanista las severas críticas que les hizo y aquel "*monachus non est pietas*" (ser monje no supone forzosamente espiritualidad auténtica) que les lanzó. Resonó por toda Europa como un grito demoledor contra el estamento religioso... ¡Qué diferencia entre el inquisidor Alonso Manrique y el inquisidor Fernando de Valdés! Aquél

convocó la Conferencia de Valladolid con la determinación firme de defender y salvar a Erasmo. Éste, puesto en el mismo cargo, persiguió con saña a los erasmistas, y llevó al Índice de los libros prohibidos, todos los de Erasmo ya que a él no podía quemarlo vivo por haber muerto... El arzobispo Carranza sintió una gran pena por aquel grupúsculo de entusiastas de la plaza de Zocodover. Pensarían, sin duda, que, con su encumbramiento a la sede primada de Toledo, retornarían los viejos tiempos, que él sería su pastor y los protegería... ¡Qué equivocados estaban! Con don Fernando de Valdés como inquisidor general (1547-1566), su ilusión era vana e imposible. Quizá por asociación de ideas, sin saber muy bien porqué, le vinieron a la mente las palabras que Jesús pronunció días después de su entrada triunfal en Jerusalén, en vísperas de su pasión: *Percutiam pastorem et dispergentur oves gregis* (heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño). Eso es lo que iba a suceder. Desde que él mismo dio a imprimir en Amberes su libro *Comentarios sobre el catecismo romano*, meses antes de su designación para el arzobispado de Toledo, tuvo el presentimiento de que tarde o temprano el inquisidor Fernando de Valdés vendría a por él. Ahora, que ya era arzobispo de Toledo, con mayor motivo y más presteza. Los buenos tiempos ya habían pasado. Mercurio Gattinara, canciller de Carlos V y gran valedor de Erasmo, había muerto (+1530). Alfonso de Valdés, secretario y servidor del Emperador, comisionado por su ideología abierta y talante conciliador para conferenciar con los protestantes en las dietas de Augsburgo y Ratisbona, había muerto (+1532). Juan de Valdés, entusiasta de la causa de Erasmo como su hermano Alfonso, tuvo que partir a Roma, huyendo de la quema de la Inquisición, había muerto (+1541). También había muerto (+1534) Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo y primado de España, entregado en cuerpo y alma a la causa del humanismo cristiano. Y también había muerto el Inquisidor don Alonso Manrique (+1538), que puso la máquina de la Inquisición de parte de Erasmo y prohibió a los frailes que lo atacasen en público. El mismo Emperador que nunca le negó ni disimuló su protección, acababa de ser enterrado en Yuste (+1558). Bien es cierto que, al final de sus días, Carlos V perdió su primer fervor y, al comprobar los efectos nefastos que Lutero extraía del erasmismo, se volvió intolerante. Sus cartas, papeles personales e instrucciones de Yuste así lo confirman ¡Todos los puntales del erasmismo en España estaban ya bajo tierra! Bartolomé de Carranza, mientras recibía los vítores de los incondicionales erasmistas, recitó, como si de una plegaria se tratase, la carta que Carlos V mandó a Erasmo desde Granada el 4 de agosto de 1526. Aparecía como prefacio en las impresiones de sus libros, como el mejor *nihil obstat* que se les pudiese dar. Los amigos de Erasmo en España, que entonces eran muchos, se la sabían de memoria:

Que todos entiendan en cuánta estimación tenemos tu ingenio y tu espíritu verdaderamente pío, y tus calumniadores, que con pertinacia persiguen las buenas letras y los estudios sagrados, cesen en adelante de ladrar y sepan que el César está de la parte de Erasmo como varón sobresaliente en todo género de erudición y de piedad sincera, y que amparará su nombre y su gloria no menos que la suya propia.

En respuesta, el 2 de septiembre del mismo año, escribió Erasmo al Emperador:

Con mejor corazón moriré si pudiese ver con mis ojos que por vuestra prudencia, saber y buena ventura de Vuestra Majestad volvieron y se restablecieron la concordia y la quietud, así en la Iglesia como en la universal República cristiana.

Y el 13 de octubre de 1527 en carta a Francisco de Vergara, catedrático de Griego en Alcalá de Henares y amigo suyo, le decía:

Tengo comprobado con cuánta sinceridad, con cuánta simpatía los ingenios españoles favorecen y alientan mis proyectos...

Los grandes valedores de Erasmo y de su doctrina habían desaparecido. Todos estaban bajo tierra. Los viejos tiempos, aquellos buenos tiempos, no iban a volver, por mucho que algunos los añorasen... Desde la huida de España de Juan de Valdés, en 1530, denunciado ante la Inquisición por su libro *Diálogo de doctrina cristiana*, comenzaron las persecuciones contra los erasmistas, endureciéndose cada vez más. Por si no fuera poco, el actual Inquisidor General, según se decía, andaba confeccionando un Índice de libros prohibidos en el que pensaba incluir, entre otros muchos autores, al mismo Erasmo.

Fray Bartolomé, desde lo alto de su cabalgadura localizó, a lo lejos, en un extremo de la plaza, al grupito enfervorizado de humanistas que no se cansaba de repetir la consigna. Les saludó con su mano y les bendijo una vez más. *Pax et unanimitas*.

Con ese aforismo tan de Erasmo finalizo y les saludo también yo a ustedes: *Pax et unanimitas*.

Francisco Asensi